

La superstición política en la recepción de Walsh

Juan Pablo Luppi / Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –
pabloluppi@hotmail.com

Eje: Literatura Argentina

Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras clave: Escritura - Intimidad - Lectura - Poética - Política

» **Resumen**

En el campo cultural argentino de fines del XX, la distribución clásica entre *política* (como actividad vinculada a la dirección de asuntos públicos) y *poética* (como conjunto de principios que observa un autor en su obra) ha cristalizado en un régimen dicotómico que fija la posición literaria y vital de Rodolfo Walsh. La persistencia del rótulo de *escritor político*, emanado del dato biográfico de la muerte en 1977 y de la canonización posterior a 1984 de *Operación masacre* (1957)/*Carta a la Junta* (1977), empobrece la recepción al asignar al autor una identidad que homogeneiza su obra. La elaboración poética queda subsumida a ese efecto canónico, desde las lecturas críticas de las décadas del 60 y 70 (Ford, Rama), en análisis teóricos incrementados hacia el fin de siglo (AAVV 1998 y 1999, Amar Sánchez, Lafforgue) y en intervenciones recientes que se proponen revisar la fijación (Jozami).

¿Cómo puede significar la política en la escritura, sin depender de lo histórico y lo biográfico? La pregunta de investigación es motivada por la insistencia de la dicotomía que limita la posibilidad de rastrear la política en la poética, restricción visible en la evaluación que una revista universitaria de ciencias políticas hace en 2014 de un artículo que analiza la política en la manera de leer de Walsh, considerado no pertinente porque la relación dependería de la proyección del autor como víctima del terrorismo estatal. Desde aportes teóricos de Barthes, Badiou y Pardo, consideramos la política en esta obra dinámica no como representación, sentimiento o discursividad panfletaria sino como doblez del sujeto legible en la lengua de la intimidad, elaborada en lecturas/escrituras que configuran al autor sin univocidad, mediante una acción a la vez poética y política.

Luego de la represión estatal en Argentina que cometió su asesinato en 1977, Rodolfo Walsh ha sido menos leído que *recuperado*, en vinculación con las construcciones de memoria inmediatas a la transición democrática, bajo la clasificación cultural en torno al periodismo de investigación, la literatura testimonial y la militancia política. La muerte como víctima, en efecto, del terrorismo de Estado propicia la hegemonía de la lectura testimonialista y luego la prevalencia de la performatividad política en su proyecto literario, auspiciada por la lógica editorial desde 1984, con la inclusión del último texto (*Carta a la Junta*) dentro del clásico originado dos décadas atrás (*Operación masacre*). Esta construcción replica ciertos protocolos autorales, expresados menos como programa o poética que como examen de sí en relación con otros y con lo real, fechados en años de aceleración hacia una utopía revolucionaria; la pregnancia de ese sesgo de identidad provoca la desatención a la obra compleja que hay más allá de (y también en) *Operación masacre* y otros textos canonizados (“Esa mujer”, las series de irlandeses y de “Cartas”-“Fotos”, *Rosendo* en línea con *Operación*).

La rehabilitación póstuma, alentada por la esfera cultural en su intento de conciliación con la política al promediar la década del 80, obturaría la indagación de tensiones productivas que circulan por debajo de repartos clasificatorios, en sede literaria o cultural o anclados en el campo intelectual latinoamericano de fines de los 60, como *ficción y no ficción, literatura, periodismo y política o pluma y fusil*. La recepción crítica de principios de los 70 ya fijaba el libro de 1957 como definitorio de autor y obra (Rama 1984, Ford 1972). Más allá de las reediciones, compilaciones (Walsh 1981, 1987, 1992, 2013) y estudios específicos que se amplían durante la década del 90 (Amar Sánchez 1992, Lafforgue 2000, AAVV 1998 y 1999), las lecturas críticas de Walsh construyen su objeto tensionado con la canonización política y cultural que prioriza el género testimonial y el cruce de periodismo y literatura, cerrando el foco sobre procedimientos que superarían la lógica geométrica y el verosímil escapista del policial; al binarismo se agrega así la oposición con el precursor inevitable (Borges), en recepciones clásicas como las de Ford o Viñas. Una expresión emblemática de esa asignación de sentido es el proclamado “abandono de la literatura”, lugar común compartido entre el autor, como lector de sí a principios de los 70, y la crítica de entonces y hasta hoy con pocas excepciones (por ejemplo Link 1988, Aguilar 2000, Piglia 2001).

Esta cristalización de sentido replica supersticiones como las que, no sin resonancias borgeanas, Giordano (1999: 9, 14) detecta en un imaginario crítico de Arlt: la *superstición política* consiste en creer que la literatura es útil porque cumple una función desmitificadora, la *sociológica* cree que la literatura es homogénea a los discursos sociales, y la *histórica*, que el sentido de la literatura es contemporáneo del sentido de esos discursos. La identidad adjudicada a Walsh propicia la superstición que consistiría en leer la obra (fragmentada, con visos de recorte y pérdida) desde la figura

autoral homologada al libro clásico (“el autor de *Operación masacre*”), y donar todo el sentido al dato de la muerte, convirtiendo la rigurosa interpelación de la *Carta a la Junta* en emblema testamentario. La actualidad de Walsh quedaría enclavada en 1977 y hacia atrás, solo activa como memoria, detenida en la solidez del monumento. La calificación de escritor político emanada del dato biográfico tiene una persistencia que, a treinta años de la eclosión de aquel consenso, resulta residual y empobrece la recepción de un escritor más complejo que cualquier identidad estipulada.

Sin embargo, para los protocolos de la ciencia política, según la difunde una revista universitaria del ámbito latinoamericano, el único modo de significación de Walsh sería biográfico y martirizante. La evaluación en 2014 de un artículo sobre la manera política de leer de Walsh (que desarrolla la perspectiva que aquí resumo) establece en el inicio del dictamen la fijación de identidad que insiste en la superstición política, sociológica e histórica: “Rodolfo Walsh es un escritor argentino fundamental que incorpora en su biografía el hecho de haber desaparecido en 1977 lo que le proyecta como un actor de la vida de su país a la vez que víctima. Es por ello que su figura, junto con su obra, pueda ser objeto de atención en una revista de Ciencia Política”. La escritura de Walsh no podría, entonces, ser objeto de difusión académica en el marco de la teoría política; aunque tal marco poroso incluye la literatura tanto como la filosofía, una lectura política de esa escritura no sería tal sin la *recuperación*, otra vez, del *hecho de haber desaparecido* como condición de sentido de la obra. No interesa acá revisar los presupuestos de la ciencia política, sino aprovechar este prejuicio hermenéutico por lo que pueda mostrar sobre la recepción contemporánea de la literatura de Walsh.

En vez de la necesidad de evitar el olvido o hacer justicia al legado de una víctima, la lectura actual puede priorizar problemas activos en los textos y acaso encontrar allí preguntas no ajenas a la política. El comité editorial de la revista de politología parece no tener en cuenta que también hace política la forma de leer y escribir; más que una obra concluida o un autor identificado con un libro, Walsh nombra un proyecto abierto y complejo, plausible de significación contemporánea. Acaso la potencia resida en la problemática de lectura que ha planteado desde fines del XX y que hoy necesita menos una respuesta que nuevas formulaciones. La pregunta que motiva este trabajo surge de las condiciones de recepción provocadas cuando un sistema *autor-obra* deviene canónico, en ocasiones antes de que tal sistema esté acabado, no solo por la muerte del sujeto que firma sino por la disponibilidad pública de la producción firmada: ¿Qué nos perdemos de Walsh al imponerle la calificación de escritor político? ¿Cómo puede significar la política en su escritura, sin depender de lo biográfico y lo histórico?

La fijación de la posición literaria y vital de Walsh abreva en la distribución clásica entre política y poética, convertida en dicotomía de pares excluyentes: por un

lado la *política*, en su acepción amplia como “actividad de quienes rigen o aspiran a regir los asuntos públicos”, y en la individual-colectiva como “orientaciones que rigen la actuación de una persona o entidad en un campo determinado” (según dos de las doce acepciones del DRAE 2001) y, por otro lado en bifurcación, la *poética*, también definida entre lo social e individual como “principios explícitos o no que observan un género artístico, una escuela o un autor” (DRAE 2001). Sin embargo, la *política* que en el caso de Walsh definiría obra y vida (a partir de la muerte) no obstruye la verificación del armado fragmentario de una *poética* en su proyecto, que incluye la preparación de una novela, dilatada hasta su muerte. Resulta pertinente buscar otras conexiones entre los regímenes de actuación, que interroguen la posibilidad de que la acción que moviliza las resoluciones y tensiones de esta escritura sea *a la vez* poética y política.

El trabajo periodístico según lo encara Walsh desde 1956 sin duda provoca transformaciones subjetivas a partir de una coherencia ética, que se radicalizan a principios de los 70 y que involucran la vida y el trabajo (leer: escribir) de modo más complejo y contradictorio que un “abandono de la literatura” o una “identificación con los oprimidos” que explicaría la filiación partidaria al peronismo de izquierda (Jozami 2006: 254). Para 1972, cuando Walsh define su adscripción al peronismo, sopesada con vigilancia sobre la urgencia impuesta y la necesaria autonomía de pensamiento, la multicausalidad de esa decisión abarcaba el paso por Cuba apenas iniciada la revolución, la vanguardia estética al promediar los 60, las excursiones antropológicas de las notables series periodísticas en 1966-67 (y esporádicamente hasta 1974), el proyecto periodístico-gremial con Ongaro en el 68-69... En vez de pretender explicar la militancia de Walsh, retenemos la subjetividad como lugar de la proclama política, en el sentido en que Badiou (2009a) entiende la política como pensamiento en sí misma, que permite abordar los parámetros ontológicos de procesos militantes, y comprender la decisión igualitaria como pronunciamiento en subjetividad más que en comunidad. La política de la literatura es irreducible a ideología, sentimiento o discursividad panfletaria; antes, sería expresión (como el autor, inexpresada) del doblez del sujeto que es la lengua de la intimidad (Pardo 1991), elaborada en lecturas y escrituras que a la vez construyen a ese sujeto inexpresado. En 1972, cuando tiene cuarenta y cinco años, Walsh toma como ejemplo a sus dos hijas adolescentes que militan en la juventud peronista; llega tarde a *la política* porque su mirada alcanza previamente *lo político* de la vida en comunidad, ligada a la vida privada, que provoca el pronunciamiento subjetivo. En la *trenza* partidaria, como la llama, su independencia intelectual nunca parece cómoda ni siquiera para polemizar, como muestra la argumentación estratégica dirigida a la cúpula montonera con el objetivo, fracasado, de revisar decisiones posteriores al golpe (Walsh 1994).

Incomodidad y dilación introducen en la política la temporalidad y afectividad de la literatura, la suspensión abierta en la autocrítica rigurosa, asumida por Walsh

como lentitud artesanal de eficacia, aplicada al pensamiento político tanto como al trabajo literario, según escribe en una conocida nota autobiográfica de mediados de los 60: “Soy lento, he tardado quince años en pasar del mero nacionalismo a la izquierda; lustros en aprender a armar un cuento, a sentir la respiración de un texto” (Lugones sel., 1966: 11). Son las demoras necesarias de quien escribe y, al escribir (ver, oír, transcribir, editar, formalizar en texto), llega a la política. La relación diferida con las identidades grupales constituye un posicionamiento de escritor ante las demandas consideradas heterónomas que, antes que un abandono de la literatura, puede ser un modo de fundar la política en la subjetividad, la escritura, la vida. De modo similar explicaba Barthes su relación con el marxismo, cuando el periodismo cultural le reclamaba una definición de identidad (“¿Ha sido alguna vez marxista?”), en una entrevista fechada dos meses antes de que otra imposición de filiación, parecida en los términos, provocara en Argentina el asesinato de Walsh. En enero de 1977, Barthes se corre del prejuicio implícito en la pregunta y afirma el devenir de la subjetividad: “‘Ser marxista’: ¿qué quiere decir el verbo ‘ser’ en esta expresión? Lo dije una vez: ‘vine’ al marxismo bastante tarde y gracias a un amigo querido (...) llegué sin haber militado jamás y por una línea disidente”. Más adelante generaliza, y la máxima vale para Walsh: “En el nivel del sujeto, una política se funda existencialmente” (1985: 276-277). La dimensión afectiva de lo político permitiría ver en Walsh algo más productivo que el monumento al intelectual comprometido. La respuesta de Barthes resuena en la línea disidente que sostuvo el escritor argentino en su tradición, visible en las tensiones de la política y la vida que atraviesan el proyecto, ocluida por la canonización que arrasa la compleja intimidad de la lengua de Walsh y le asigna una identidad, como si la pregunta a resolver fuera “¿Ha sido alguna vez montonero?”.

Caben otras preguntas frente a este proyecto inacabado que no tiene por qué no ser, también, inacabable. Acaso esa extensión de la crítica en busca de problemas antes que definiciones, ese lugar de la intimidad creadora resistente a la imposición de identidad, sea lo que la literatura puede aportar a la ciencia política. En términos de Badiou (2009b: 127-128), la aventura política del siglo XX ha estado dominada por el sometimiento de un *nosotros* al ideal del *yo* “fusional y cuasi militar” que le impide vehicular su disparidad sin disolverse. El voluntarismo de la fusión es una zona peligrosa de esa época resolutiva, entre fines de los 60 y principios de los 70, que presuntamente definiría a Walsh, en su “identificación con los oprimidos” y otras variaciones del compromiso intelectual. El riesgo vigente sería atenerse a los protocolos autorales fechados y reducir al pasado la virulencia del proyecto; para evitar el interrogatorio por la identidad política, podemos formular la pregunta contemporánea de Badiou: “¿Cómo pasar del ‘nosotros’ fraternal de la epopeya al ‘nosotros’ dispar del ‘juntos’, sin abandonar jamás la exigencia de que haya un ‘nosotros’?”.

Mejor que problemas de ideología o militancia, la declarada fusión con el otro implica decisiones de configuración autoral, posición enunciativa, producción y recepción de textos. Esa pregunta política resignifica los problemas narrados y narrativos en el proyecto de Walsh, por ejemplo los cambios de posicionamiento del autor en paratextos de las cuatro ediciones de *Operación masacre*, los pronombres cruzados por los hablantes en la serie del comisario Laurenzi, las personas narrativas repartidas entre *ellos* y *nosotros* de distinto modo en la serie de irlandeses y en las crónicas de *Panorama*, o la intervención del autor-narrador al editar las voces grabadas en un capítulo decisivo del *Rosendo* (“La confesión de Imbelloni”). La pregunta sigue formulada, antes que en la relación representacional con referentes históricos, en los usos del lenguaje liberados de géneros e instituciones, que indagan los efectos de lo que la época ha percibido como una crisis de la representación.

La responsabilidad de la creación individual no es menos política que la aspiración a intervenir en los asuntos públicos. El destino de escritor realizado por Walsh pone el acento de su sintaxis oral en la oscuridad contemporánea, signada por la homogeneidad de las lenguas estatales y económicas, que tapan la disonancia de inconformes voces singulares. En un contexto democrático desde hace tres décadas, parece arbitrario situar a Walsh como emblema de una época pasada y aislar allí la irreverencia de su manera de leer y escribir. Esa manera vierte la acción del lenguaje sobre sí mismo y sobre su afuera, y genera una poética política que amplía el régimen de visibilidad y sonoridad del presente.

› *Referencias bibliográficas*

- AAVV (1999). *Tramas para leer la literatura argentina*, año I, nº 1 (Rodolfo Walsh). Córdoba: CILS.
- AAVV (1998). *El Matadero. Revista crítica de literatura argentina* año I, nº 1 (Número de homenaje a Rodolfo Walsh). Director D. Viñas. Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas, FFyL, UBA.
- Aguilar, G. (2000). “Rodolfo Walsh, más allá de la literatura”. *Punto de Vista*, año XXIII, nº 67, agosto.
- Amar Sánchez, A. M. (1992). *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Badiou, A. (2009a). *Compendio de metapolítica*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009b). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Barthes, R. (1985). *El grano de la voz, entrevistas 1962-1980*. México DF: Siglo XXI.
- Ford, A. (1972). “Walsh: la reconstrucción de los hechos”. En *Nueva novela latinoamericana II. La narrativa argentina actual*. Compilador Jorge Lafforgue. Buenos Aires: Paidós.

- Giordano, A. (1999). *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*. Buenos Aires: Colihue.
- Lafforgue, J. (editor) (2000). *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*. Buenos Aires: Alianza Editorial. Reproduce material publicado en *Nuevo Texto Crítico* (director J. Ruffinelli, coordinador J. Lafforgue), Stanford University, año VI, nº 12/13, julio 1993-junio 1994.
- Link, D. (1988). "Los setenta, Walsh, y la novela en crisis". *Graffiti*, año 2, nº 3, Rosario, marzo.
- Lugones, S. (selección) (1966). *Los diez mandamientos*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Pardo, J. L. (1996). *La intimidad*. Valencia: Pre-textos.
- Piglia, R. (2001). *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: FCE
- Rama, Á. (1984). "Rodolfo Walsh: La narrativa en el conflicto de las culturas". En *Literatura y clase social*. Buenos Aires: Folios.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española (DRAE)*, 22ª edición, 2 vols. Madrid: Espasa Calpe.
- Walsh, R. (1981). *Obra literaria completa*. México D.F.: Siglo XXI.
- (1987). *Cuento para tahúres y otros relatos policiales*. Buenos Aires: Puntosur.
- (1992). *La máquina del bien y del mal*. Ed. J. Lafforgue. Buenos Aires. Clarín-Aguilar.
- (1994). "Los documentos". En *Rodolfo Walsh, vivo*. Compilación y prólogo R. Baschetti. Buenos Aires: Ediciones De La Flor.
- (2007). *Ese hombre y otros papeles personales*. Nueva edición corregida y aumentada a cargo de D. Link. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (2013). *Cuentos completos*. Edición y prólogo de R. Piglia. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.